

Trabajadores rurales de América Latina: entre la exclusión y la construcción de alternativas

Las organizaciones sindicales de los trabajadores de la agricultura – que siempre tuvieron un menor desarrollo cuantitativo y de penetración en el sector del que lograron la industria y los servicios – están obligadas a definir nuevas estrategias, formas organizativas y redes de alianzas que les permitan defender debidamente los derechos de los trabajadores.

Gerardo Iglesias

Secretario regional para América Latina
de la UITA

Ariel Celiberti

Oficina de la UITA en Montevideo

En los últimos años, la región ha sido enoticia por las crisis de algunos de los mejores discípulos de las recetas neoliberales, ya sea en términos de países, como en el caso de la Argentina, o de personajes, como Fujimori en el Perú. Debido a la forma en que se difunden esas noticias, habitualmente se piensa que la corrupción es un problema particular de tal o cual personaje o que la caída del índice de empleo es un problema coyuntural que se resolverá cuando se produzca el ajuste de costos que el mercado reclama.

Sin embargo, todo indica que se está produciendo un proceso de transformaciones más radical, que afectará por decenios la forma en que la región se inserta en el mercado mundial, más allá de que se aprueben o no acuerdos internacionales del tipo del ALCA y de los términos definitivos en que se haga. En buena medida, esas transformaciones retrotraen a la forma en que se insertó la región en el mercado mundial luego del descubrimiento y colonización por las potencias europeas con posterioridad al siglo XV. Los países de América Latina son ahora también productores de materias primas que contribuyen a la calidad de vida de los

ciudadanos de los países centrales, al funcionamiento de industrias instaladas en otras partes del mundo y al consumo de productos industrializados. Hoy hay que sumar a esas funciones el potencial turístico y el valor de la región como reservorio de biodiversidad, por lo tanto, de riqueza explotable en el futuro.

Esa modalidad de inserción en el mercado mundial implica una serie de cambios en el interior de los países de América Latina:

- por un lado, se incrementa y se diversifica la presencia de empresas transnacionales en los rubros orientados a la exportación hacia mercados con mayor poder adquisitivo;
- en los rubros que siguen funcionando sobre la base de explotaciones de capitales locales, se incrementa la dependencia de insumos producidos directamente por economías más fuertes (o bajo patentes que les pertenecen);
- con el ingreso de capitales – no de productores, como sucedió en siglos anteriores, cuando hubo un masivo desplazamiento de población europea que venía a «hacer la América» – lo que se

busca conseguir es el máximo de ganancias posibles y no hacer realidad proyectos personales o familiares;

- en función de lo anterior, hay un interés manifiesto por modificar las relaciones laborales, como forma de disminuir los costos de la mano de obra;
- son cada vez más numerosos los trabajadores que quedan fuera del mercado laboral generado de esa manera. Dependen para su sustento de distintas formas de producción para su propio consumo, realizan toda una serie de actividades informales, se insertan en el mercado laboral en formas caracterizadas por la precarización o se trasladan a los cinturones de miseria de las ciudades, tanto en nuestros países como en los países con economías más ricas.

Como es obvio, estos cambios repercuten en las organizaciones sindicales tanto del campo como de la ciudad. En el caso de las organizaciones sindicales de los trabajadores de la agricultura – que siempre tuvieron un menor desarrollo cuantitativo y de penetración en el sector del que lograron la industria y los servicios –, están obligadas a definir nuevas estrategias, formas organizativas y redes de alianzas que les permitan defender debidamente los derechos de los trabajadores.

Agresiones contra los trabajadores y sus organizaciones

Quizás resultaría demasiado tedioso examinar los ataques que sufren los trabajadores y sus organizaciones en cada uno de los países del continente. Detallar las prácticas de trabajo en condiciones de esclavitud – cuya erradicación ha sido identificada como uno de los objetivos principales por parte del nuevo Gobierno del Brasil – y de las diversas formas de trabajo infantil merecería capítulos enteros. Sin embargo, no son estas las únicas agresiones a las que están expuestos los trabajadores y las trabajadoras de la agricultura. Recientemente se ha formado en América Central una or-

ganización de personas afectadas por el uso del agroquímico tóxico Nemagón en las plantaciones, que ha provocado cáncer de testículos, impotencia, abortos y malformaciones en los recién nacidos, sin que las empresas se muestren muy dispuestas a asumir sus responsabilidades.

Tal como se indicaba en el punto anterior, se han propagado por la región los mecanismos de «tercerización» y subcontratación. Las «cooperativas de gatos», como las definen los trabajadores brasileños, u organizaciones «truchas» (ilegales), al decir de los argentinos, hacen caso omiso de la mayoría de los derechos sociales que los trabajadores han conseguido con sus luchas y, en más de un caso, les retienen sus documentos sometiéndolos a condiciones de trabajo análogas a la esclavitud.

En el Perú, los trabajadores organizados en la Confederación Nacional Agraria (CNA) han tenido que librar una dura batalla para poder recuperar los bienes del sindicato, a la vez que reclamaban la observancia de los derechos adquiridos y que se revierta la política por la que no se reconocen las organizaciones campesinas. Estas quedaron durante años atrapadas en el marco del conflicto existente entre el gobierno y las organizaciones guerrilleras. Perseguidas, al tiempo que unos y otros las pretendían cooptar, las organizaciones campesinas no gozaron de los beneficios que obtuvieron otros sectores de la población en los años de bonanza económica y se encontraron entre las más afectadas en los momentos de crisis. El Perú es un país en el que buena parte de la población agraria – el 28 por ciento del total – está compuesta por minifundistas que se dedican a la agricultura de subsistencia (representando sólo el 5 por ciento del PIB) y que viven por debajo del umbral de pobreza. Las reivindicaciones fundamentales se refieren a la tenencia de la tierra, el acceso a créditos y al reconocimiento para poder participar en la elaboración de políticas públicas¹.

En el Ecuador, los plantadores de banano (especialmente de las empresas propiedad del ex candidato a presidente Alvaro Noboa) aplican una sistemática política antisindical, reprimen a sus trabaja-

dores y no han vacilado en recurrir a la violencia de sus guardias privados para evitar que los trabajadores se organicen para reclamar condiciones de trabajo decentes. En plena campaña electoral, en la que a la postre Noboa fue derrotado, grupos de personas armadas penetraron en su finca bananera Los Alamos, balearon y expulsaron a los trabajadores que reclamaban aumento de salario, un puesto sanitario y mejores condiciones de vida en la hacienda. En esa época, un trabajador ganaba un promedio de 35 dólares semanales y si hacía horas extraordinarias podía engrosar su retribución con 4 dólares adicionales, independientemente de la cantidad de horas realizadas y del horario en que las cumpliera. Consultado el empresario candidato sobre esos acontecimientos, se limitó a afirmar «Amo a los trabajadores de Los Alamos»². Tanto los ama que ampara a los parapoliciales que los balean y a los capataces que se aprovechan de su condición para someter a violencia sexual a las trabajadoras.

En el Brasil, las empresas citrícolas dedicadas a la exportación lograron durante el año 2002 un importante incremento de su rentabilidad a raíz de la devaluación de la moneda. Pero para poder obtener un pequeño aumento de remuneración, los trabajadores afiliados a la federación de empleados rurales asalariados del estado de São Paulo (Federação dos Empregados Rurais Assalariados do Estado de São Paulo, FERAESP) tuvieron que recurrir a la huelga.

Por otra parte, frecuentemente en la práctica se hace caso omiso de las reivindicaciones que se acepta incorporar a los convenios colectivos. También son frecuentes los casos en que se fumiga con agroquímicos tóxicos aunque haya trabajadores en el área, inclusive mientras están comiendo³.

En América Central, además de las prácticas represivas, las empresas han favorecido la presencia de organizaciones «solidaristas», que encubren las contradicciones existentes en el mundo del trabajo y promueven una idílica concertación que siempre se traduce en una postergación de los beneficios que les corresponden a los trabajadores.

A estos ejemplos de agresión contra los trabajadores puede agregarse la lentitud y la insuficiencia con que han sido derogadas las legislaciones represivas de las dictaduras de los años setenta y ochenta, pero también sucede que se mantenga vigente un sistema legal que facilita la impunidad de quienes atentan contra los derechos fundamentales de los trabajadores⁴. Aun en los casos en que la legislación represiva ha sido derogada, sobrevive una cultura política que recela de las organizaciones de los trabajadores rurales y de sus reclamos. Por ejemplo, en el caso del Uruguay, en 1985 el primer ministro de Trabajo de la recién recuperada democracia se comprometió a promover el reconocimiento de los derechos de los trabajadores y trabajadoras rurales y a entablar negociaciones. Todos sus sucesores han venido haciendo la misma promesa, sin que se aprecien cambios sustanciales en esos aspectos. Más recientemente, también en el Uruguay, los representantes empresariales de un programa tripartito (Estado, trabajadores y empresarios) se negaron a que en los cursos de capacitación se incluyeran módulos informando a los trabajadores de sus derechos.

Más allá de las situaciones anteriormente señaladas, las condiciones de vida de los trabajadores de la agricultura se ven afectadas por la falta de políticas coherentes de desarrollo nacional y particularmente rural. La aplicación de los paquetes tecnológicos originados en la *revolución verde* sin cuestionarlos no ha podido revertir la pobreza, y en cambio sí ha intensificado la precarización del empleo, la concentración de la propiedad y la exclusión social de los más pobres del campo.

Construyendo alternativas: nuevos temas y nuevas formas organizativas

Pese a todas estas dificultades – y tantas otras que se omiten para agilizar la lectura –, los sindicatos no se limitan a las acciones de resistencia y en distintos países se están poniendo en práctica alternativas donde las organizaciones asumen un papel proactivo en la construcción de

nuevas realidades, definidas sobre la base de un horizonte ético de justicia. A continuación figuran algunas de esas alternativas que podrían estar indicando lo que será el accionar de los sindicatos en los años venideros.

En primer lugar, reviste gran interés la exitosa lucha que ha llevado adelante la UATRE (Unión Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores) para que se aprobara y pusiera en uso la libreta del trabajador rural. A partir de la entrada en vigor de la ley correspondiente, los empleadores disponen de un plazo determinado para «blanquear» la situación laboral de sus trabajadores (es decir, registrarlos ante el Estado y hacer los aportes correspondientes). De esta manera se ha conseguido compatibilizar el interés del propio Estado por ordenar sus políticas impositivas (ampliando el universo de personas que hacen aportes y posibilitando una eventual disminución de la presión impositiva sobre el conjunto); la situación de los empresarios (que debido a la presión de las organizaciones sindicales ya habían «blanqueado» la situación de sus trabajadores y se enfrentaban con una competencia desleal de quienes omitían el pago de sus aportes sociales); y los intereses del propio sindicato, preocupado por garantizar al conjunto de los trabajadores del sector los beneficios de la seguridad social⁵. Esta capacidad de articular los intereses de diferentes sectores de la sociedad – sin olvidar los fundamentos de esa diversidad – no es nueva en las organizaciones sindicales a escala mundial o regional. No obstante, es importante destacar que dentro de un contexto de crisis profunda como la que afecta hoy en día a la Argentina, una vez más son las organizaciones de trabajadores las que elaboran propuestas orientadas a mejorar los intereses de la mayoría de la población.

Otro proceso de construcción que merece la pena resaltar es el que está llevando adelante la Confederação Nacional dos Trabalhadores nas Industrias da Alimentação, Agroindustrias e Cooperativas de Beneficiamento de Cereais e Industrias no Meio Rural (CONTAC) del Brasil. Desde hace un par de años está embarcada en un proceso

organizativo que abarque al conjunto de la cadena alimentaria – denominada «da terra a o prato» (de la tierra al plato) –, entendiéndose que los intereses de los trabajadores son los mismos en cada uno de los niveles del proceso de producción, sea en las plantaciones, en la industria o en los servicios. Este proceso ha posibilitado no solamente una acumulación de fuerzas y una mayor capacidad negociadora por parte de las organizaciones, sino que también ha cumplido un papel fundamental al entablar en el ámbito de la ciudadanía el debate de algunos temas que, en apariencia, van más allá de los intereses habituales de las organizaciones sindicales.

En el Brasil, la CONTAC, que ha sido uno de los actores fundamentales en hacer pública la gravedad de la introducción de transgénicos en la producción agrícola, está asumiendo un papel muy dinámico en la aplicación de experiencias de economía solidaria y ha hecho aportes de gran importancia, tanto en la prevención de soluciones inadecuadas como en la propuesta de alternativas, sobre el programa de Fome Zero (hambre cero), una de las banderas fundamentales del Partido de los Trabajadores, hoy en el Gobierno del Brasil.

En un momento histórico en que los horizontes éticos se encuentran sometidos a profundas transformaciones, que las organizaciones de trabajadores asuman un rol más dinámico al discutirse las condiciones de ciudadanía – superando la dicotomía entre derechos políticos y derechos de los consumidores – y sean referentes para abordar temas que afectan al conjunto de la población reafirma el valor y la importancia de los sindicatos.

Llevando a cabo un proceso similar al de la CONTAC se encuentra la UNAC (Unión Nacional Agroalimentaria de la Hotelería y el Turismo de Colombia), que en los últimos años – pese a desarrollar sus actividades en un contexto de violencia extrema y con sus organizaciones afiliadas siendo frecuentemente víctimas de las agresiones y la incompreensión de uno y otro lado – ha logrado unificar a organizaciones campesinas y de la industria, impulsar los procesos organizativos en ramas

de actividad que no estaban sindicalizadas (como en el caso de los pescadores artesanales) y ocuparse de gestionar alternativas de producción cuando las empresas se desentienden de la suerte de sus trabajadores, como en el caso de la cooperativa bananera que se constituyó en la hacienda San Pedro cuando la empresa la abandonó sin pagar lo adeudado a los trabajadores⁶. Logró, asimismo, nuclear el accionar de otro tipo de organizaciones con las que comparte la preocupación de poner en práctica procesos de desarrollo alternativos donde la justicia social y la preservación de los recursos naturales sean puntos innegociables.

Por su parte, la CONTAG (Confederação Nacional dos Trabalhadores na Agricultura) del Brasil históricamente se ha caracterizado por unir y representar los intereses de todo un sector que, pese a no estar integrado por asalariados, lo está por trabajadores de la agricultura. El hecho de ser propietarios de una pequeña parcela de tierra (cuyo uso fundamental es servir para la supervivencia de la propia familia y que se cultiva sobre la base del trabajo del grupo familiar) no los convierte en un sector antagónico al de los asalariados. Muy por el contrario, sus intereses en cuanto al abastecimiento alimentario, la tenencia de la tierra, las condiciones ambientales de la producción y la regulación del mercado de trabajo son sustancialmente los mismos que los de los asalariados que, en algunos casos, también se afilian a la CONTAG. La acumulación de experiencias y de aportes teóricos de la confederación con respecto a la reforma agraria – problema central de la agricultura en todo el continente – es un referente inevitable para pensar respuestas en cualquiera de nuestros países.

Al crear las condiciones para un trabajo decente, también se intenta avanzar mediante acuerdos bilaterales internacionales; tal el caso del acuerdo entre UITA/ COLSIBA y Chiquita⁷. Se trata de instrumentos relativamente nuevos, cuyos resultados todavía están lejos de lograr el máximo de sus posibilidades. El mayor problema radica en que por encima de esos acuerdos – o paralelamente a ellos – es necesario construir una cultura de diá-

logo social y precisamente en ese campo es donde los mencionados acuerdos pueden hacer hoy una gran contribución.

En otro ámbito de cosas, las relaciones entre sindicatos, organizaciones no gubernamentales (ONG) y organizaciones campesinas no siempre han sido fáciles y aún persisten muchos prejuicios y malentendidos. Se debe reconocer que todas las partes han contribuido a esos desencuentros. En la época de la expansión de los sindicatos, éstos no siempre fueron capaces de comprender las formas concretas que las relaciones de producción tomaban en estos sectores. En algunos países esto favoreció que las organizaciones de campesinos y/o pequeños productores tuvieran como referentes a las organizaciones de grandes empresarios agropecuarios. En los años ochenta, al teorizarse sobre los nuevos y viejos movimientos sociales se oscureció aún más el debate, acusándose a las organizaciones sindicales de todos los males – algunos de ellos sin duda reales – y atribuyendo a las ONG, preocupadas por nuevos temas y problemas, un cúmulo de bondades, también algunas de ellas sin duda reales. Más cerca en el tiempo, las propuestas acerca de la importancia del «tercer sector»⁸ – en buena medida una versión actualizada de la anterior dicotomía entre nuevos y viejos movimientos sociales – encubren, más allá de las intencionalidades de sus promotores, la vigencia de las contradicciones que se generan entre los diferentes actores del proceso de producción.

La etapa que se ha iniciado, con su cúmulo de transformaciones y realidades contradictorias, exige un esfuerzo especial de construcción de parte de todos los implicados en organizar los sectores no privilegiados de las sociedades. Es necesario construir nuevas estructuras organizativas que faciliten la defensa de sus intereses. Para ello será fundamental hacer un esfuerzo por acabar con los prejuicios y malentendidos, rescatando los elementos comunes de las respectivas plataformas, respetando las diversas historias que han dado lugar al surgimiento de cada uno y a la construcción de las respectivas identidades.

Los sindicatos precisan, fundamentalmente, asumir con más fuerza el papel de referentes éticos de las sociedades que, de otra manera, continuarán cargando con su bagaje de injusticia y muerte. El esfuerzo por hacer realidad el *trabajo decente*, en el que tan fuertemente está comprometida la OIT, debe, necesariamente, expresar su rechazo a:

- las condiciones laborales basadas en denegar reconocimiento a las organizaciones sindicales;
- el menosprecio de las condiciones de vida y de trabajo de los trabajadores y las trabajadoras;
- el pago de jornales notoriamente discriminatorios e injustos;
- el sometimiento de las familias de agricultores y de los pequeños productores a los dictados de un puñado de transnacionales proveedoras de insumos o dedicadas a elaborar y distribuir alimentos;
- la falta de respeto del derecho de los consumidores a una alimentación sana y a precios que permitan que la totalidad de la población pueda acceder a ellos.

Pero ese esfuerzo también se traduce en la capacidad de construir alianzas más fuertes que permitan elaborar nuevos paradigmas para la ciudadanía, que profundicen el derecho de los trabajadores de definir los aspectos centrales del proceso de producción, particularmente aquellos que se refieren a su responsabilidad ante los consumidores sobre la calidad de lo que se consume y ante el conjunto de la población sobre las repercusiones ambientales que la producción genera.

Recuperar una matriz ética que se base en el derecho de todos, como hijos de la *Pachamama*, la *Madre Tierra* o *Gaia* – según el

nombre con el que cada uno prefiera identificarla –, de vivir en este planeta y legar ese derecho a la posteridad es hoy un desafío fundamental y a él se deben dedicar los mejores esfuerzos.

Notas

¹ Una información más completa sobre el paro agrario en Perú puede ser consultada en www.rel-uita.org/sindicatos/paro_nacional_agrario.html.

² Una información más amplia en *El amor en tiempos de Alvaro Noboa*. www.html/rel-uita.org/sindicatos/noboa/el_amor.html.

³ Más información en *4.500 cosechadores de naranja en huelga*. www.http/rel-uita.org/sindicatos/acordo_coletivo.html.

⁴ A modo de ejemplo, considérense los pocos culpables de muertes de dirigentes de organizaciones de trabajadores del campo – que en nuestra región son más frecuentes de lo que desearíamos – que están purgando condenas por sus crímenes.

⁵ *Libreta para los trabajadores rurales*. www.http/rel-uita.org/sindicatos/libreta_para_los_rurales.html.

⁶ *La cooperativa: una alternativa al chantaje de las transnacionales y el desempleo*. www.http/rel-uita.org/sindicatos/la_cooperativa.html.

⁷ Unión Internacional de los Trabajadores de la Alimentación, Agrícolas, Hoteles, Restaurantes, Tabaco y Afines. Coordinadora Latinoamericana de Sindicatos Bananeros. Chiquita Brands International Inc.

⁸ «En este contexto (de avances de los ajustes neoliberales y desmantelamiento del Estado de Bienestar) surge la teoría del tercer sector. Esa teoría, producida originalmente por economistas de los Estados Unidos, asume como axioma la hegemonía de las leyes del mercado, la incapacidad del Estado de actuar como regulador del pacto social y la necesidad de una acción social eficaz, capaz de enfrentar los crecientes problemas sociales en los sectores de la sociedad más penalizados por este nuevo modelo de concentración acelerada del capital y la renta.» Silvio Caccia Bava: «O Terceiro Setor e os desafios do Estado de São Paulo para o Século XXI», en ONG: *Identidade e desafios atuais*. *Cadernos ABONG N° 27*. São Paulo, 2000, pág. 40.